



www.loqueleo.com/ec

© 2011, Edna Iturralde

© De esta edición:

2019, Santillana S. A.

De las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-317-9

Derechos de autor: 036183

Depósito legal: 004657

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Santillana Ecuador: Julio 2011

Primera edición en Loqueleto Ecuador: Febrero 2017

Décima primera impresión en Santillana Ecuador: Enero 2019

Editora: Annamari de Piérola

Ilustraciones: Susana Oviedo Marcillo

Actividades: Marlon López

Corrección de estilo: María de los Ángeles Boada

Diagramación: Roque Proaño

Supervisión editorial: María Tamariz

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

Muestra
promocional

Sueños con sabor a chocolate

Un cuento de hadas y elfos

Edna Iturralde

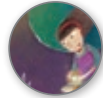





loqueleto



*A mi mamá, Edna De Howitt,
que gusta de los cuentos de hadas,
con amor.*



	El frasco luminoso 11
	El hada del cacao25
	El hada del banano 31
	El ogro39

	El hada del mar	47
	Atrapada en una telaraña	53
	El hada del maíz	59
	El hada de la papa	67
	El último deseo	75
	Biografía	81
	Cuaderno de actividades	85

El frasco luminoso



12 Lo encontré al regresar a mi casa cuando ya se había escondido el sol. Comenzaba una noche oscura, sin estrellas, y quizás por eso pude notar con tanta facilidad el pequeño frasco que se iluminaba ocasionalmente para después apagarse otra vez. Curiosa, me agaché a recogerlo. Era una luciérnaga que alguien había capturado en esa cárcel de vidrio. Traté de abrirlo, pero la tapa estaba enroscada con tanta fuerza que no lo logré.

Caminé con rapidez el poco trecho del sendero que me faltaba para llegar

a casa. La pobre luciérnaga estaba a punto de morir. Lo pude notar por la débil claridad de su pequeña luz, que casi se desvanecía.

Entré por la cocina. A oscuras, agarré un trapo para ayudarme a desenroscar la tapa. Por fin destapé el frasco y lo volteé para que la luciérnaga cayera en mi mano. Enseguida prendí la luz. No sé por qué mi mirada se dirigió primero al frasco y allí vi el cuerpecito oscuro de la luciérnaga. Entonces, ¿qué tenía yo en la mano? ¿Otra luciérnaga?

Miré con atención y lo que vi me dejó con la boca abierta: ¡era una criatura diminuta, del tamaño de un fósforo! Llevaba un vestido de tules verdes y tenía abundantes cabellos rojos, largos y rizados que escapaban de un bonete

puntiagudo y plateado. Bajé el rostro y elevé mi mano. ¡La criatura respiraba!

—¡No puede ser un...! —dije en voz alta, callándome el resto de aquel loco pensamiento.

14 Fritz, mi perro salchicha negro, me había seguido a la cocina y se acercó a husmear mi mano mientras gruñía. Ladró, alertándome. Antes de que yo pudiera callarlo, se quedó inmóvil como una estatua con la pata derecha levantada.

—¡Fritz! —grité asustada.

—No te preocupes, está bien.

Pero no quiero interrupciones bulliciosas mientras conversamos —dijo la criatura sentándose en mi mano.

—Tú no eres una luciérnaga —dije en tono

acusatorio, pues fue lo primero que se me ocurrió.

—Claro que no. Solo estaba disfrazada de luciérnaga. Pensé que ya lo habías notado —explicó impaciente, mirándome con unos ojitos verdes que brillaban como esmeraldas.

—Entonces... eres.... No. Debes ser una extraterrestre —respondí, sin dejar de observar sus zapatitos de cristal.

—¿Por qué te cuesta decir «un hada» y te parece más fácil pensar que soy

15

